

Una aventura europea

Eduardo J.G. de Almeida



**XXI Premis Universitat de València
d'Esriptura de Creació, 2024**
Narrativa en castellano

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley. Dirigiros a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitáis fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, transmitida o publicada de ninguna manera ni para ningún medio sin la autorización expresa de los propietarios del copyright.

En la XXI edición de los Premis Universitat de València d'Esriptura de Creació, año 2024, en la modalidad de narrativa en castellano, un jurado formado por Estela Sanchis Muñoz, Lidia Caro Leal, Héctor Tronchoni Albert y Regina Bernabeu Ortolá como secretaria, declaró ganadora la obra *Una aventura europea*, de Eduardo Enrique Julia García de Almeida. Estos premios están organizados por la Delegació d'Estudiants a través del Servei d'Informació i Dinamització (Sedi), con la colaboración de la Facultat de Filologia, Traducció i Comunicació y las aulas de Narratives, Poesia, Arts Escèniques y Cinema del Vicerectorat de Cultura i Societat.

VNIVERSITAT
D VALÈNCIA

Servei d'Informació i Dinamització **Sedí**

1ª edición: diciembre de 2024

© **del texto:** Eduardo Enrique Julia García de Almeida

© **de esta edición:** Universitat de València

Motivo de la cubierta: Josep Olaso Garcia - Edicions 96

Diseño y maquetación: Josep Olaso Garcia - Edicions 96

Revisión lingüística: Neus Pedrós - Edicions 96

Apartado de correos 23, 46670 la Pobla Llarga

Teléfono de atención: 96 246 11 04

ISBN: 978-84-19149-95-4

DL: V-4334-2024

Una aventura europea

Eduardo J.G. de Almeida

*Si la langue est belle, c'est qu'un maître la lave.
Un maître qui lave les lieux de merde, déblaye les immondices,
assainit ville et langue pour leur conférer ordre et beauté.*¹

DOMINIQUE LAPORTE

I

DEFECAR ES UN ARTE —o disciplina, como se lo prefiera ver— privado para aquellos cuyo recto es capaz de cantar su melodía natural sin reservas. Cagar, como bien se dice en la lengua común, es una necesidad, pero no una necesidad, en principio, deleitosa. Es, de hecho, inconcebible la mera posibilidad de compartirla; no es como una buena cena familiar ni tampoco lo puedes hacer con tu pareja cada noche de fin de semana. Se caga solo, sola. Se caga en estado de suspensión automática: se relaja el ano y expulsamos desde el intestino grueso la materia fecal. No es, por tanto, una virtud colectivista. Es más bien una expresión, una demiúrgica —si mantenemos su propiedad artística— liberal, individualista, hermética y hasta poco ética.

Incido en este tema porque me encuentro ahora mismo expulsando una buena mierdota desde el inodoro de mi casa, y se me ocurrió escribir sobre la mierda, ya que me di cuenta, mientras realizaba la labor, de que esta es cuestión harto desatendida y

1. «Si la lengua es bella es porque un maestro la lava. Un maestro que lava los lugares de mierda, se desembaraza de las inmundicias, sana ciudad y lengua y les confiere orden y belleza» (Laporte 1998: 14; traducción de Nuria Pérez de Lara).

de suma importancia; más que cualquier responsabilidad banal, más que los viajes, comer con los amigos, pararse en el camino a oler las flores, cobrar el salario o cumplir mis anhelados sueños, esos que, como es de suponer, tenemos los jóvenes de mi edad. En gran medida, ese es el problema, que me es más fácil escribir sobre cómo cago, porque al menos en eso no sentiré que la estoy cagando.

Considero estas páginas una puesta en evidencia del descaro con el que evocamos ciertas realidades por medio del lenguaje y, en el proceso, eludimos otras cuantas que quedan relegadas a la marginalidad. Es este relato una lucha contra el lenguaje, como si de un inmundo texto taoísta se tratase. «Caca, Tulio, digamos las cosas como son», dijo con razón un sabio conejo rojo. Tómense estas páginas como un despliegue sutilmente argumentativo de por qué la mierda filosofa sin saberlo, así como Godard comprendía que lo hacía su querida Nana en aquel filme (de mierda, por cierto, como todo su cine).

Un ejemplo que me complace usar es el que entraña el vocablo *poceta*, forma en que denominamos al váter de dónde vengo. No me da reparo admitir que me gusta más *poceta* que cualquier otro término, no solo por serme más familiar, sino porque me parece menos pretencioso. Es una voz que suena tan repugnante como el acto de defecar en sí mismo, dando lugar a que no haya alardeo alguno por medio de términos refinados, al contrario de lo que pasa con aquellos que prefieren *inodoro*. Me enseñaron siempre que, para poder ingerirla, «el agua debía ser incolora, insípida e *inodora*», pero no podía ser de inodoro. ¿Me podrás negar, querido lector, la hipocresía del lenguaje cotidiano? Esta problemática despertó en mí un ímpetu de escritor comprometido, por lo que no había de otra: tenía que salir a hacer trabajo de campo.